

La Virgen María en la obra de Gerardo Diego

José Manuel Vidal Ortuño

Doctor en Filosofía y Letras. Profesor en el Instituto de Segunda Enseñanza de Yecla (Murcia)

Recibido: 20 febrero 2013

Aceptado: 15 mayo 2013

RESUMEN: Este artículo se propone estudiar la figura de la Virgen María a través de la obra de Gerardo Diego, principalmente en la pieza teatral en verso *El cerezo y la palmera* y en el poemario *Versos divinos*. El tratamiento de asuntos como éste supuso, en su día, un renacimiento de la poesía religiosa, casi ausente de la literatura española desde el Siglo de Oro. El recorrido por un *corpus* tan dilatado en el tiempo como lo fue el de Diego, permitirá al lector echar una mirada sobre el devenir de la poesía en el siglo XX, a la vez que se intenta buscar las lejanas raíces de lo mariano dentro de nuestra rica tradición literaria.

PALABRAS CLAVE: Gerardo Diego, *El cerezo y la palmera*, *Versos divinos*, poesía religiosa, tradición poética mariana.

Virgin Mary in Gerardo Diego's work

ABSTRACT: This article tries to study the figure of Virgin Mary through Gerardo Diego's work, especially in the play in verse *El cerezo y la palmera* and in the poetry book *Versos divinos*. The treatment of issues like this one was part of the renaissance of religious poetry, almost absent from Spanish literature since the Golden Age. The route through a *corpus* as expanded in time as Diego's, would let the reader take a look over the poetry of the XXth century, at the same time as the Marian-related far roots in our rich literary tradition are searched.

KEYWORDS: Gerardo Diego, *El cerezo y la palmera*, *Versos divinos*, religious poetry, Marian poetry tradition.

La figura de la Virgen María está muy presente a lo largo de la dilatada obra de Gerardo Diego. No podía ser de otra manera tratándose de una persona de muy hon-

das creencias¹. Alguna vez, incluso, nuestro escritor manifestó la

¹ Hijo de familia numerosa, varios hermanos de Gerardo Diego consagraron

necesidad de escribir poesía religiosa, tan poco fecunda en esta época; de hecho, en el «Propósito» de *Viacrucis* –poemario de 1931–, su autor llega a decir que «las dificultades con que tropieza el artista de nuestro tiempo para tratar un tema religioso son más que nunca crecidas», añadiendo, a renglón seguido, que «después del siglo XVII, son en nuestra lengua muy contadas las poesías religiosas –al menos que yo conozca– tolerables para una sensibilidad fina y despierta»².

Así pues, volviendo al tema que nos ocupa, María como tema literario adquiere en la obra de Diego distintos tratamientos, que van desde la simple mención hasta un protagonismo más acusado. De mera mención puede calificarse, por tanto, la cita en un poema de algún fragmento de las oraciones de la liturgia –ya sea en latín, ya en castellano–. Así, por ejemplo, «Nuestro huerto» (*La sorpresa*, 1944), poema que nos presenta

su vida a la religión, de lo cual quiso el poeta dejar constancia en *Mi Santander, mi cuna, mi palabra* (1961).

² G. DIEGO, *Obra Completa*, I, ed. Francisco J. Díez de Revenga, Aguilar, Madrid 1989, 327. No obstante, reeditado este libro en 1956 –muy otras las circunstancias políticas–, su autor se ve obligado a «celebrar el venturoso renacimiento de nuestra poesía religiosa».

a una naturaleza agradecida con su creador y a un poeta plenamente enamorado de su amada, termina con el conocido arranque de la oración «*Ave María, / gratia plena*»³.

Hasta un poemario tan innovador como *Imagen* (1922), tan inscrito en la nueva órbita del creacionismo⁴, contiene referencias a la Virgen María. Lo podemos comprobar en el poema «Jaculatoria», donde, en medio de imágenes caprichosas, leemos que «la luna se ha sonreído / porque la Virgen ha estrenado hoy un vestido». Pero, sin duda, la aportación más importante al tema que nos ocupa, dentro del creacionismo, es «Rosa Mística», poema que, pese a la indudable modernidad del libro en que se inscribe, resulta ser un buen ejemplo de poema inspirado en la tradición mediata. A través del título, «Rosa Mística», que es una de las letanías lauretanas, sabemos que este alude a María:

³ G. DIEGO, *La sorpresa*, O.C., I, cit., 525.

⁴ El poema titulado «Creacionismo» (*Imagen*, 1922) puede ser considerado como auténtico manifiesto del arte nuevo, como una invitación a concebir –y a escribir– la poesía de otra manera:

«Hermanos, superemos la pereza.
Modelemos, creemos nuestro lunes,
nuestro martes y miércoles,
nuestro jueves y viernes
... Hagamos nuestro Génesis».

G. DIEGO, O.C., I, cit., 95.

La Virgen María en la obra de Gerardo Diego

«Era ella
Y nadie lo sabía
Pero cuando pasaba
los árboles se arrodillaban
Anidaba en sus ojos
el ave maría
y en los cabellos
se trenzaban las letanías».

Como se habrá podido observar, toda la composición es un evidente homenaje a San Juan de la Cruz, con una clara variación: aquí la divinidad no es el Amado (o sea, Dios), sino la Virgen. El final del poema acrecienta los paralelismos; leemos:

«Me desmayé en sus brazos
como una hoja muerta
[...]
Y en su almohada de pasos
me quedé dormido»⁵.

Por otra parte, en el ya mencionado *Viacrucis*, libro de hechura más tradicional, si se quiere, hay un poema-dedicatoria titulado «Ofrenda», en el cual el poeta se dirige a la Virgen como madre dolorosa («Dame tu mano, María, / la de las tocas moradas»), para más adelante evocar dos de los momentos que más se van a repetir en su poesía religiosa: la Navidad y la Anunciación. Con respecto al primer motivo, se nos presenta a la Virgen madre «... con tu cuna / y los gozos de Belén»; le cede el poeta la voz,

⁵ G. DIEGO, *O.C.*, I, cit., 112.

incluso, para que María le cante una nana a Jesús: «No, mi Niño. No hay quien / de mis brazos te desuna». Después, viajando atrás en el tiempo, queda recordado, asimismo, el momento mismo de la Anunciación:

«¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel
desde el marco del dintel
te saludó: –Ave, María?»⁶.

Si se echa mano del tradicional tema del *Ubí stunt?*, es para contrastar, en la vida de la Virgen, aquellas imágenes tan luminosas del ayer con estas otras tan sombrías del hoy:

«... Qué larga
es la distancia y qué amarga
de Jesús muerto a Emanuel»⁷.

⁶ Es quizás la Anunciación uno de los motivos más repetidos en Gerardo Diego. Recuérdese, a este respecto, el poema «En una casa de Cádiz» (*El jándalo*, 1964), donde el poeta queda extasiado ante un cuadro de Zurbarán que representa «la Virgen con San Gabriel» (G. DIEGO, *O.C.*, II, cit., 67).

⁷ *Ibidem*, 337-338. Naturalmente, la Virgen aparece mencionada en otros poemas de *Viacrucis*, aunque ocupa un lugar más secundario. Así, en «Cuarta estación» («Cristo llora por María. / María llora por Cristo»), «Duodécima estación» («Al pie de la cruz María / llora con la Magdalena») y «Penúltima estación» («La llaman desde aquel día / la Virgen de los Dolores»).

Con todo, la presencia de María como motivo literario se ensancha en dos libros de Gerardo Diego que, como veremos, están muy relacionados entre sí: *El cerezo y la palmera* y *Versos divinos*. A ellos dos me voy a referir.

El cerezo y la palmera, obra teatral en verso, lleva como subtítulo *Retablo escénico en forma de tríptico*⁸. Mereció el premio «Calderón de la Barca» en 1960, siendo estrenada en el Teatro María Guerrero en 1962. Es una pieza dramática sobre el tema de la Navidad, que, en cierto modo, recoge toda la tradición del teatro medieval y áureo⁹. Ingenuidad

⁸ No es *El cerezo y la palmera* la única obra de Gerardo Diego que adopta una estructura de retablo. Recuérdese *Ángeles de Compostela* (1961), donde –y son palabras del autor– «el poema está construido en forma de retablo, con cuatro cuerpos u órdenes, y cada uno de ellos con seis elementos que se corresponden». Sobre la idea de «gran retablo» insiste Javier Díez de Revenga en su ed. de *Alondra de Verdad, Ángeles de Compostela*, Castalia, Madrid 1985, 9-67.

⁹ La escritura (h. 1960), el estreno (1962) y la publicación de *El cerezo y la palmera* (Alfil, Madrid 1964) muestran, una vez más, un deseo muy de Gerardo Diego de ir a contracorriente de las modas literarias del momento. Pensemos, por ejemplo, que en esos mismos años Antonio Buero Vallejo estrenaba *Las Meninas* (1960) y *El concierto de San Ovidio* (1962). Dentro de la poesía, *Viacrucis*, de Gerardo Diego, se publicó en 1961, cuando los

y lirismo son las notas que van a caracterizar al personaje de María, así como su visión, digamos, intrahistórica, ya que en *El cerezo y la palmera* los personajes bíblicos aparecen desprovistos de su halo divino, para convertirse ante nosotros en seres de carne y hueso; en tanto que los personajes de Ángel I y Ángel II, «verdaderos protagonistas» de la obra, según Diego, representan el plano celestial. En palabras de Gerardo Diego, que dedicó un estudio a la poesía navideña, es «la poesía entera hecha niña»¹⁰.

Así pues, en la «Jornada primera. Galilea», tiempo del adviento, es María, encinta, una mujer si se quiere antojadiza que le pide a José que le alcance una cereza; dice la Virgen:

«José, porque espero al Hijo
alcánzame esa cereza».

Inclinándose el cerezo, una voz de niño dice:

«María, come cerezas,
come cerezas, María,
antojos de madre nueva».

poetas del 27 caminaban por otros derroteros; *Biografía incompleta*, del 53, es un libro creacionista en medio de la poesía social de aquellos años; por último –y los ejemplos no estarían agotados–, *Versos divinos* apareció en 1971, cuando los novísimos planteaban una poesía de corte bien distinto.

¹⁰ G. DIEGO, *La Navidad en la poesía española*, Ateneo, Madrid 1952, 8.

La Virgen María en la obra de Gerardo Diego

La escena, pese a los elementos sobrenaturales que contiene, respira un aire de cotidianidad, porque San José y la Virgen María aparecen como una pareja de recién casados que esperan ilusionados la venida de su primer hijo. Así lo expresa el Ángel II:

«Bajo los árboles quietos
María y José pasean»¹¹.

Dos momentos convierten a María en auténtica protagonista. En uno de ellos, más solemne, sus palabras reproducen el «Magnificat»:

Magnifica mi alma el Señor.
Mi espíritu se goza en Dios mi
[Salvador.
Dichosa me llamarán los hombres
[y los hombres
[...]
¡Magnificat anima mea Dominum!

Su aparición viene a corroborar, una vez más, el gusto de Gerardo Diego por los himnos y las oraciones de la liturgia y supone, además, un entronque con la tradición, puesto que una escena semejante aparece en la *Representación*

¹¹ Gerardo Diego señala que «el propósito de esta obra es armar un Retablo Escénico que sea a la vez poético y teatral. Su disposición en tablas o piezas es análoga por simetría y proporciones internas a la de un retablo de pintura en que se desarrolla el asunto del Nacimiento de Cristo». *El cerezo y la palmera* se halla en G. DIEGO, *O.C.*, II, cit., 78-205.

del Nacimiento de Nuestro Señor
(h. 1476), de Gómez Manrique:

Bien podré decir aquí
aquel salmo glorioso
que dixes, fijo precioso,
quando yo te concebí:
que mi ánima engrandeçe
a ti, mi solo Señor,
y en ti, mi Salvador,
mi espíritu floreçe¹².

Más adelante, cuando la Virgen se queda sola –porque, según el Ángel I, «va a aprender soledad / la que de soledad va a saber tanto»–, se produce un bello y conmovedor monólogo, «Cuando venga...», lleno de humanidad y ternura, a través del cual María, casi niña aún, expresa sus cuitas a distintos elementos de la naturaleza, recurso de la lírica tradicional, al Ángel del Señor y finalmente a José, su esposo, sobre cómo habrá de tratar al Niño.

Cuando venga, ay, yo no sé
con qué lo envolveré yo,
con qué.

También en este fragmento resuenan los ecos de la poesía tradicio-

¹² GÓMEZ MANRIQUE, «Representación del Nacimiento de Nuestro Señor», en *Teatro medieval*, ed. de Miguel Ángel Pérez Priego, Cátedra, Madrid 2009, 137-138. Para Gerardo Diego, es esta pieza de Gómez Manrique «un verdadero drama completo en abreviatura»; vid. *La Navidad en la poesía española*, cit., 12.

nal. En este caso, la voz que escuchamos de fondo es la de fray Ambrosio de Montesino (1444-1514), con su breve composición:

No la debemos dormir
la noche santa,
no la debemos dormir.
La Virgen a solas piensa
qué hará
Cuando al Rey de luz inmensa
parirá,
si de su divina esencia
temblará,
o qué le podrá decir
No la debemos dormir
la noche santa,
no la debemos dormir¹³.

En la «Jornada segunda: Belén», habiéndose producido ya el nacimiento de Dios, es normal que el personaje de María pase a un segundo plano. Es vista, devotamente, por los pastores, y uno llamado Nandón exclama admirado:

«Oh flor de las maravillas.
Hinquémonos de rodillas.
Qué linda está María

¹³ D. ALONSO (ed.), *Cancionero y romancero español*, Salvat, Estella 1982, 83-84. De este autor, escribió Gerardo Diego: «No hay en nuestra poesía cumbres de pureza, nieves perpetuas, de intacta reverberación comparables a esos villancicos, a esos romances, a esas nanas de fray Ambrosio, el poeta de Isabel la Católica [...], el Beato Angélico de nuestro Parnaso». Vid. G. DIEGO, *La Navidad en la poesía española*, cit., 14.

que al Niño mece.
Qué blanca nos deslumbra,
nos resplandece».

Estamos, pues, ante la típica escena de la adoración de los pastores, en las que los ángeles (el I y el II), que, no lo olvidemos, tienen un conocimiento *celestial*, parecen perder momentáneamente su omnisciencia y se preguntan «¿quién ha entrado en el Portal / en el Portal de Belén?», para presentarnos a San José y la Virgen, sencillamente, como «un varón –vara florida– / y una Doncella». Este tratamiento, digamos, intrahistórico nos trae a la memoria el recuerdo de un cuento de Azorín de similar hechura: «El primer milagro» (*Blanco en azul*, 1929)¹⁴.

La «Jornada tercera: Nabatea y Egipto» está salpicada por las premoniciones (premoniciones que el espectador atento sabe, con certeza, que habrán de convertirse en

¹⁴ La admiración entre José Martínez Ruiz y Gerardo Diego era recíproca. Tanta que, en 1944, el primero le dedicó al poeta del 27 su novela *La isla sin aurora* («A Gerardo Diego, Poeta del ensueño»). Pocos años después –en 1949–, fue Gerardo Diego quien correspondió al siempre querido escritor con una dedicatoria en su poemario *Hasta siempre* («Al poeta ‘Azorín’»). Véase F. J. DÍEZ DE REVENGA, «Gerardo Diego y Azorín: confesiones y recuerdos de un discípulo constante»: *Montearabí* 22 (1996), 7-15.

La Virgen María en la obra de Gerardo Diego

dolorosas realidades). Así, un gitano, que actúa como guía de la Sagrada Familia, en su huida a Egipto, le lee la buenaventura a la Virgen, donde queda anticipada la Asunción de María a los cielos («Línea de la muerte / apenas se acusa. / Te prometo tránsito, / dormición augusta»). Pero, antes, le vaticina a la Virgen «algunos dolores»:

A ver: una, dos,
tres, cuatro amargas.
Cinco, seis, siete,
siete espadas juntas.

Termina el acto, y la obra entera, con un muy conocido poema, «La palmera», recitado por los Ángeles Intérpretes «con tono o intención de nana y pausas cada vez más largas en los puntos suspensivos», mientras va cayendo, lentamente, el telón¹⁵. A través de estos versos, un desasosiego, cada vez mayor, se irá apoderando, no solo de la Virgen, sino también de los espectadores. Los puntos suspensivos, con su reticencia, y el lento caer del telón no acaban la acción

¹⁵ Sobre la función poética que el telón puede llegar a alcanzar en ciertas obras, véase el bellissimo artículo de M. BAQUERO GOYANES, «Elogio del telón» (*El Alcázar de Madrid*, 19 de enero de 1960); en *Variaciones sobre un mismo tema (Artículos de prensa)*, Abraham Esteve Serrano y Francisco Vicente Gómez (eds.), Universidad de Murcia, Murcia 2006, 109-112.

de esta obrita, sino que anuncian unas vidas zarandeadas por un sufrimiento que aún está por venir. De ahí, quizás, la magia de estos versos:

ÁNGEL II:
Si la palmera supiera
que sus palmas algún día...
(*Cada vez más lento y tenue.*)

ÁNGEL I:
Si la palmera supiera
por qué la Virgen María
la mira...
(*Empieza a caer el telón.*)
Si ella tuviera...

ÁNGEL II:
Si la palmera pudiera...

ÁNGEL I:
La palmera...

FIN

El mundo de los presentimientos no es una novedad en Gerardo Diego. Volviendo, de nuevo, los ojos a la Edad Media encontramos estos en la *Representación del Nacimiento de Nuestro Señor*, de Gómez Manrique; los ángeles ofrecen al Niño los martirios que habrá de sufrir, simbolizados a través del cáliz, el astelo y la sogá, los azotes, la corona, la cruz, los clavos, la lanza... Un procedimiento, de gran intensidad dramática, que aún encontramos muy vigente en el Siglo de Oro, en concreto en algunas obras teatrales de Lope de Vega, como atestiguan estos versos, que acaso pudo tener presentes Gerar-

do Diego a la hora de escribir *El ce-rezo y la palmera*:

Las pajas del pesebre,
Niño de Belén,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Fue *Versos divinos* un poemario de larga gestación, como tantos otros en el quehacer poético de Gerardo Diego. Publicado en 1971, el libro recoge poemas escritos en fechas tan distantes entre sí como 1924 y 1970. Es más: su mismo título parece aludir, por contraste, a aquellos *Versos humanos* que dieron al poema justa fama –Premio Nacional de Literatura, incluido– en el lejano 1925.

Merece la pena que nos detengamos, por un instante, en el poema «Creer», escrito en 1943, el cual, en cierta manera, sirve de prólogo a lo que el lector irá encontrando. Su interés reside, a mi ver, en dos razones. La primera, en que plantea dudas de fe en un poeta de firmes creencias religiosas en las estrofas primera y última:

«Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
creo en ti y quiero creer».

Y ese «quiero creer», convertido luego en estribillo, como un pie quebrado, se va clavando con su reiteración en la mente vacilante del lector. Aunque estas dudas de

Diego no lleguen a las atormentadas de un Unamuno, sí que están en relación con cierta poesía desarraigada muy en boga en los años cuarenta del siglo XX y de la que fue –y sigue siendo– tan buena muestra el libro *Hijos de la ira*, 1944, de Dámaso Alonso. La segunda razón, a que antes aludía, es que la voz del poeta, la voz de Diego, parece reclamar insistentemente la fe ingenua y sencilla de la niñez que le permita ver a Dios. Dice:

«Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,
y limpio de culpa vieja,
sin velos te pude ver»¹⁶.

Así pues, infancia, ingenuidad y fe prístina van a ir relacionadas

¹⁶ Son dudas de fe –estas de Gerardo Diego– que, no obstante, nunca rozan el ateísmo. Tengamos en cuenta, a este respecto, que en 1972 (un año después de la aparición de *Versos divinos*), el poeta publicó *Cementerio civil*, cuyos poemas –algunos, no todos– pueden considerarse como un duro alegato hacia los no creyentes. Leemos al comienzo:

«Cementerio civil, qué pena.
Tapia por medio el camposanto
de María de la Almudena».

Véanse, a modo de ejemplo, poemas como «Nada», «Vida» y «A los tres». La unión de niñez y fe ingenua se da, asimismo, en «Adoración al Santísimo Sacramento» (*Versos divinos*), donde el poeta se presenta a sí mismo tomando la primera comunión.

La Virgen María en la obra de Gerardo Diego

con versos y estrofas de arte menor, cuyos ejemplos hemos ido viendo a lo largo de *El cerezo y la palmera*. En cuanto a la humanidad y ese aire de vida cotidiana que rezuman escenas bíblicas, recordemos que el poeta dejó dicho en el poema «Versos humanos» (el que se incluye en *Hasta siempre*, de 1949, significativamente dedicado «al poeta 'Azorín'») que «todo el arte es humano, hasta el divino».

Volviendo a *Versos divinos*, el libro está dividido en ocho secciones, pero la presencia de la Virgen la vamos a encontrar, de forma más acusada, en los apartados segundo («Navidad») y tercero («María»). Y la primera sorpresa con que nos encontramos es que muchos de los poemas que aquí se ofrecen —«Cuando venga yo no sé», «La palmera»¹⁷...— están, digamos, *desgajados* de su obra teatral *El cerezo y la palmera*, aunque algunos fueron escritos con anterioridad¹⁸.

¹⁷ Gerardo Diego debió tener en mucha estima «La palmera» y «Cuando venga», como no podía ser de otra manera, y de hecho los incluyó en su antología personal *Poemas menores* (Alianza, Madrid 1980), sin atender al orden cronológico con que aparecen en *El cerezo y la palmera*.

¹⁸ En la *Primera antología de sus versos* (Espasa Calpe, Madrid 1942), Gerardo Diego incluye, como parte de un poemario inédito que titulará *Versos Divi-*

Distintos son otras composiciones que integran el apartado «María», las cuales van dirigidas a distintas advocaciones marianas. «Flores a María», por ejemplo, es un poema que consta de 31 versos, que vienen a representar otras tantas flores, una por cada día del mes de mayo. Y como en poemas de que hemos hablado anteriormente, el poeta reclama, pide el tiempo de la niñez, con su fe ingenua y sencilla:

«Que el niño aquel redima con
[sus labios o pétalos
esta mudéz de ahora».

Con los tres sonetos que llevan por título «A la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora», Gerardo Diego ya no canta a María como mujer, sino que son una exaltación de su divinidad. El primero de ellos —«Nieve y azul, bandera de diciembre»— es un canto al dogma de la Inmaculada, con muy acertadas metáforas («la nieve y no de nube»), que, como suele ser norma en la poesía de

nos, la «Letrilla de la Virgen esperando la Navidad», escrita en 1940, y «Canción al Niño Jesús», de 1938; serán luego, respectivamente, «Cuando venga» y «La palmera». Después, en la *Segunda antología de sus versos* (Espasa Calpe, Madrid 1967), dice el autor no haber incluido «ningún fragmento de otra obra poética, *El cerezo y la palmera*», aunque se le cuela el «Villancico del rifador».

Diego, están tomadas de la poesía áurea¹⁹. El segundo soneto alude a la antigua progenie de María («estirpe de David, nieta nueva»), destacando que la Virgen es «Purísima excepción –¡salve!– de Eva». Por último, el soneto tres, no es otra cosa que una oración del poeta, el cual se presenta como «yo indigno, yo devoto / de tu manto» y para quien, en las procelosas aguas de la vida, siempre es María «estrella de mi mar en la vencida / borrasca». De nuevo, pues, el eco de las letanías lauretanas asoma a los versos de Gerardo Diego.

Otras composiciones poéticas, en cambio, están dedicadas a cada patrona de diversas localidades, fruto, sin duda, de la participación de Gerardo Diego en los numerosos concursos y juegos florales que se celebraban –y se siguen celebrando– en toda la geografía española. De entre éstas, cabe destacar la «Letrilla de Marién». Su mayor interés reside, desde mi punto de vista, en que el poeta utiliza un molde clásico –el conocido zéjel de las *Tres moricas*–, haciendo una

¹⁹ Véase, en el libro que nos ocupa, la «Glosa a la Purificación», que está construida a partir de unos versos del mismísimo Calderón de la Barca, tan conceptistas como estos: «Va el Cordero entre la nieve, / la Virgen nevando al niño». G. DIEGO, *O.C.*, cit., p. 609.

glosa del mismo, pero a lo divino, dedicada a la Virgen de la Capilla, patrona de Jaén:

«Morenica me enamora
en Jaén
la Santa Virgen Marién»²⁰.

No en *Versos divinos*, sino en *La luna en el desierto y otros poemas* (1949), hay otro poema, muy allegable al anterior, que es la «Nueva cantiga a Santa María de la Arrixaca». Según Díez de Revenga, la escribió Gerardo Diego en 1944, cuando éste vino a Murcia, con Ramón Menéndez Pidal y Eduardo Marquina, a conmemorar el centenario de la conquista de la ciudad por el Infante Don Alfonso (luego Alfonso X). Como el mismo título indica, se trata de una recreación de aquella cantiga que escribió el rey Sabio. En ella, Murcia queda definida como «aire herido de azahares, / lecho de seda y de miel». Y los versos –los del estribillo, so-

²⁰ G. DIEGO, *O.C.*, cit., p. 620. Entre estos poemas de circunstancias: «Letrilla de la Virgen Blanca (Isla de la Palma)», que está puesta en boca de María («Diome el sol y ya soy morena. / Diome la sombra y ya soy blanca»); «Regina Turrrum», soneto a la Virgen del Pilar; «A Nuestra Señora del Prado», patrona de Talavera de la Reina; «A la Asunción de Nuestra Señora», más tres sonetos «A la Asunción de la Virgen María»; finalmente, el poema que empieza «Virgen de Gracia, prenda de Gandía».

bre todo— tienen un muy logrado aire de Edad Media:

Cuando el Príncipe ya sabe
tañer, trovar y cantar,
cuando ya goza la estrena
de amor y guerra a la par,
convoca en Toledo a cuantos
juglares de mar a mar
saben milagros y rosas
y glosas de la que dijo
a San Gabriel: «Ecce, ancilla».

*Que Santa María quiera
la honremos no es maravilla,
si por ella España entera
el corcel de Alfonso ensilla*²¹.

Termino con el poema «Oración», que lo es para Nuestra Señora de los Buenos Libros. No es la primera vez que esta peculiar advocación, tan querida para los que leemos y

²¹ G. DIEGO, *La luna en el jardín y otros poemas*, en O.C., I, cit., 646.

estudiamos, aparece en la literatura española. Existe un romance anónimo del siglo XVII, «Todo el amparo, Señora, / de mi libro en ti le libro», donde, como podemos advertir, predominan los juegos de palabras, tan del gusto del Barroco. Por tanto, el citado poema de Gerardo Diego contiene, asimismo, metáforas y juegos de palabras. Metáforas, porque en él es Santa Ana «tronco y rama», donde brota en su pureza María («y de la rama, flor»). Los juegos de palabras, por otra parte, se pueden ver en estos versos, que como todo el poema, son una glosa del Avemaría:

«Ave, canta, Ave, vuela, Ave,
[haz tu nido
en el más puro corazón del
[libro]»²².

²² *Ibidem*, 605.